

La voz que nunca dejó de llamarnos

Diálogo entre un hijo y el Dios que nunca dejó de amarlo

*"Porque misericordia quiero, y no sacrificio;
conocimiento de Dios más que holocaustos."
(Oseas 6:6)*

Hubo un tiempo
en que pensé
que Tú habías guardado silencio.

No porque callaras,
sino porque el estruendo de los hombres
era demasiado grande.

Las espadas
gritaban más fuerte que los profetas.

Los altares,
cubiertos de oro,
ahogaban el llanto
del niño que moría de hambre.

Las catedrales
levantaban sus torres hacia el cielo,
mientras la viuda
segua esperando justicia.

Entonces te pregunté,
como tantos antes que yo:

—¿Dónde estás?

¿Dónde estabas
cuando la sangre corría por las calles
invocando tu Nombre?

¿Dónde estabas
cuando los poderosos
compraban el perdón
como quien compra un reino?

¿Dónde estabas
cuando levantaron hogueras

creyendo que podían iluminar el cielo
quemando a sus hermanos?

¿Dónde estabas
cuando la cruz
dejó de ser un madero de amor
para convertirse
en bandera de conquista?

Y el silencio
parecía responderme.

Hasta que una voz,
más antigua que la creación,
más suave que el viento sobre el Horeb,
habló dentro de mi alma.

—Yo nunca estuve lejos.

Lejos estuvieron ellos.

Yo jamás enseñé
a conquistar por la espada.

Jamás enseñé
a vender mi gracia.

Jamás pedí
que el pobre pagara
por mi misericordia.

Jamás escribí
que el hambre fuera mi voluntad.

Jamás llamé santo
al odio.

Jamás llamé verdad
a la manipulación.

Yo hice al hombre
a mi imagen
y semejanza.

Lo creé libre.

Lo formé libre para amar.

Lo llamé a vivir en libertad

y administrador
de la creación
y no verdugo de su hermano.

Pero el corazón,
cuando se aparta de Mí,
aprende a fabricar ídolos.

Y el peor de todos
es aquel
que lleva mi Nombre
sin llevar mi corazón.

Entonces comprendí
que muchas guerras
no fueron hechas por Dios,

sino por hombres
que aprendieron
a pronunciar su Nombre
sin conocer su voz.

Comprendí
que muchas coronas
no representaban al Reino.

Que muchos pulpitos
no anunciaban el Evangelio.

Que muchas túnicas
escondían corazones
que jamás habían aprendido
a llorar con el afligido.

Entonces apareció Él.

No como emperador.

No como conquistador.

No rodeado de ejércitos.

Sino caminando
entre pescadores,
prostitutas,
leprosos,
publicanos,

ciegos,
niños
y pecadores.

Y comprendí
que Dios
no había enviado una doctrina.

Había enviado
a su Hijo.

Porque tanto amó Dios al mundo,
que entregó
al único que podía mostrarnos
su verdadero rostro.

No vino
a fundar un imperio.

Vino
a revelar un Padre.

No vino
a defender privilegios.

Vino
a restaurar hijos.

No vino
a condenar la tierra.

Vino
a buscarla.

No vino
a imponer cadenas.

Vino
a romperlas.

Entonces escuché
otra voz.

Era Jesús.

Y me dijo:

—Cuando viste odio,
yo seguía amando.

Cuando viste corrupción,
yo seguía lavando pies.

Cuando viste comerciantes de la fe,
yo seguía expulsando mercaderes
de mi templo.

Cuando viste inquisidores,
yo seguía perdonando
a quienes me crucificaban.

Cuando viste indulgencias,
yo seguía regalando
la gracia.

Cuando viste religión,
yo seguía buscando
corazones.

Porque mi Reino
nunca se edificó
sobre el miedo.

Se edificó
sobre el amor.

Entonces habló
el Espíritu Santo.

No con estruendo.

Con un susurro.

—Todavía sigo respirando
sobre los huesos secos.

Todavía sigo
convenciendo al orgulloso.

Todavía sigo
sanando memorias.

Todavía sigo
levantando caídos.

Todavía sigo
recordando al mundo
las palabras del Hijo.

Todavía sigo
haciendo nuevas
todas las cosas.

Y lloré.

Porque entendí
que la humanidad
ha acusado muchas veces
al único inocente.

Nosotros
levantamos muros.

Y culpamos a Dios
por no derribarlos.

Nosotros
fabricamos pobreza.

Y le preguntamos
por qué existe el hambre.

Nosotros
convertimos la religión
en negocio.

Y luego decimos
que Él nos abandonó.

Nosotros
cerramos el corazón.

Y culpamos
al cielo
por nuestro invierno.

Entonces abrí
el libro de Oseas.

Y encontré
a un Dios
que seguía amando
a una esposa infiel.

No porque ella
lo mereciera.

Sino porque Él
no sabe dejar de amar.

Comprendí
que esa esposa
éramos todos.

La humanidad entera.

Yo también.

Y escuché,
como si el Padre
tomara nuevamente mi rostro
entre sus manos.

—Hijo...

Nunca dejé de buscarte.

Antes de que tus huesos
aprendieran la forma
del vientre de tu madre,

ya te conocía.

Antes de que respiraras
por primera vez,

ya te había apartado
para mis propósitos.

Porque ningún hijo
nace primero
en el vientre.

Todo hijo
nace primero
en el corazón del Padre.

No confundas
mi rostro
con las máscaras
que los hombres
fabricaron.

No confundas
mi Evangelio
con sus ambiciones.

No confundas
mi Reino
con sus tronos.

Porque donde hay misericordia,
allí estoy Yo.

Donde hay justicia,
allí camino.

Donde un hambriento
recibe pan,

mis manos
siguen partiéndolo.

Donde un niño
es abrazado,

mi corazón
late.

Donde un pecador
es perdonado,

la cruz
vuelve a florecer.

Y cuando el mundo,
cansado de tanto ruido,
pregunte otra vez:

—¿Dónde está Dios?

Que alguien responda
sin levantar la voz:

No estaba escondido.

Éramos nosotros
quienes habíamos dejado
de escucharlo.

Porque el Padre
nunca dejó de amar.

Porque el Hijo
nunca dejó de entregar su vida.

Porque el Espíritu
nunca dejó
de soplar esperanza.

Y porque,
a pesar de la dureza
de nuestro corazón,

todavía hoy,

la Voz

sigue llamándonos

por nuestro nombre.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA